

Conversación 21
EL INSTITUTO DE REGRESION

Honolulu, 6 de marzo.

El *Instituto Científico para la Regresión Humana* ocupa un vallecito situado a dieciocho millas de la ciudad. El director del mismo el conocidísimo biólogo australiano Austen Finlay, quien me había escrito repetidas veces invitándome a visitar su Instituto, único en el mundo, y que tiene ya varios años de vida. Finalmente pude aceptar y no me arrepiento de haber venido hasta acá sólo para esta visita. Fui recibido por el doctor Finlay con una cortesía exquisita, tanto más sorprendente por ser un hombre que a primera vista parece rudo, agresivo y extraño. Es completamente calvo y lampiño, tiene grandes ojos grises, saltones, enorme nariz roma, voluminosos labios pálidos y carnosos; viste como un empleado de tienda en vacaciones: una camisa color turquí sin cuello y pantalones cortos de terciopelo negro. Me dijo así:

- Una de mis primeras lecturas de la juventud fue *La Isla del Doctor Moreau*, de Wells, obra que me causó una impresión muy grande y fue el libro que me decidió a estudiar biología. Soñaba con poder hacer en la realidad, muy pronto, lo que Wells había soñado con su fértil imaginación de profeta científico. Usted conoce, ciertamente, esa obra de Wells; recordará que el doctor Moreau intenta hacer humanos a varios animales que ha recogido en una isla educándolos y transformándolos. Cuando concluí en Cambridge mis estudios de zoología comparada y de biología general, regresé a mi patria y me fue fácil hallar los capitales necesarios para mi gran experimento. Esta intentona continuada tenazmente durante muchos años, concluyó como la imaginada por Wells, en un clamoroso fracaso. Hasta los perros y los monos, que parecen ser los animales más reducibles al estado humano, se mostraron reluctantes y rebeldes. Podía lograr perros sabios y monos amaestrados, pero todo exteriormente, de una manera automática y mecánica; nada logré que se asemejase, ni siquiera desde lejos, a la mente y menos todavía al alma del hombre. De un modo especial los felinos se mostraban refractarios a todos mis esfuerzos de sublimación antropoide.

»Ese fracaso me hizo reflexionar llegando finalmente a una inversión total de mis conceptos. Sólo Dios puede elevar a los seres de un estado inferior a otro superior, como lo demuestra la teoría transformista que es aceptada ahora por todos los biólogos, incluso por los que militan en las Iglesias cristianas.

»Pero el hombre, demiurgo principiante e indeciblemente lejano de la potencia divina, puede tener éxito en el camino contrario: puede hacer una regresión del estado superior al inferior. Indudablemente, esta empresa es más fácil puesto que no se trata de añadir, o sea, de crear, sino de quitar, es decir empobrecer y rebajar, operaciones éstas que no son imposibles ni siquiera para los monos de Dios.

»Guiado por este pensamiento, hace catorce años que fundé *el Instituto Científico Para la Regresión Humana*, obra que me ha costado muchísimos esfuerzos y cuantiosos gastos, pero que me ha permitido conseguir casi perfectamente la finalidad que me había propuesto. Usted sabe que muchos hombres están disgustados y asqueados de su condición de seres humanos conscientes y responsables. Desde los Cínicos de Grecia hasta los Materialistas del siglo XVIII, son muchísimas las personas que han deseado la paz y la simplicidad de vida de los brutos. En lugar de practicar el ejemplo del doctor Moreau procuré seguir con métodos prácticos y científicos el mito de Circe, y recordará usted que no todos los compañeros de Ulises, transformados en cerdos, aceptaron de su voluntad recuperar su condición de hombres.

»Por todo ello no me fue difícil hallar una docena de nuestros semejantes dispuestos a someterse con alegría a mis experimentos, para un metódico embrutecimiento animal. Excluí intencionalmente a los salvajes, puesto que su transformación en verdaderos animales se hubiera prestado a polémicas malignas. Los ejemplares humanos que elegí fueron hombres de raza blanca y bastante civilizados, hasta hubo entre ellos un profesor de filosofía idealista, que estaba saciado y hastiado de las acrobacias mentales de sus maestros.

»Debo confesar que no todas las metamorfosis intentadas tuvieron un éxito satisfactorio, pero las más logradas, seis en total, son una prueba innegable de mi afirmación primera básica: no se puede transformar a los animales en hombres, pero sí se puede reducir perfectamente a los hombres al estado de animales, al que están, naturalmente, inclinados inclusive sin la intervención consciente de la biología. Además, debí contentarme con los modelos animales más comunes, que se pueden observar fácilmente, *in nuce*, en la mayoría de nuestros semejantes. Así pude lograr un oso, un lobo, un puerco, una hiena y hasta un chacal, pero la obra maestra de mi Instituto es el hombre gorila, el que con excepción de algunas particularidades somáticas, es una maravillosa imitación de ese simpático primate. Pero quiero que usted pueda juzgar por sí mismo acerca del feliz éxito de mis facsímiles. Estos seis ex hombres gozan de óptima salud, han renunciado a sus facultades humanas, como, por ejemplo, al lenguaje articulado, y casi siempre están de buen humor. Con gruñidos que calificaría de afectuosos y casi amorosos, quieren manifestarme su gratitud por el estado menos doloroso y angustioso al que los he hecho retrogradar lentamente. Estos resultados tienen una importancia decisiva para el progreso de la biología, pero desde el punto de vista moral pueden ser juzgados como una inesperada contribución al aminoramiento de la infelicidad humana.

El profesor Finlay me llevó después a ver a sus seis ex hombres por los diversos recintos dispuestos racionalmente en el valle. En el primero pude ver.. (*En el manuscrito del diario falta la última parte de la descripción prometida por Gog.*)